

Latina y el imperialismo, quedando en la sombra la dialéctica de dicha confrontación. Esto lleva a los autores a conclusiones fatalistas acerca del proceso chileno y de sus perspectivas. En suma: nosotros consideramos que si bien la aparición de la política pentagonista es un factor muy importante a considerar en el proceso de emancipación de nuestros países, debe entenderse que éste es un proceso dialéctico en que a mayor presión pentagonista puede surgir mayor conciencia y resistencia de parte de los países latinoamericanos.

1 Varios: "Teoría y praxis internacional del gobierno de Allende". Cuaderno 3 del Centro de Relaciones Internacionales. UNAM, México, 1974. 238 pp.

LAS 1000 Y 145 PAGINAS DE BORGES

por Ulyses Petit de Murat

La amenaza implícita en el rotundo título *Borges, Obras Completas* publicadas por Emecé bajo el cuidado fervoroso de Carlos Frías, no se cumplirá.

—Tengo casi terminado un libro de poemas. A nadie le interesan los libros de versos, pero Emecé se anima a publicarlo. También me pidieron una colección de cuentos. Se conformaban con ocho. He escrito doce. Por primera vez, uno de amor. Tenía dudas, porque lo soñé. Claro que no era un sueño como el de Coleridge, así que se lo conté a madre. Me asombró el estímulo que me brindaba al decirme que lo escribirá enseguida. Pero no era para tanto, pues agregé: Si lo dejás para mañana te va a parecer una idiotez.

De nuevo somos uno con Jorge Luis en una de las pocas cosas en que pueden serlo los hombres, en la risa. Fugazmente me tiente el mito Borges y encuentro en mi trasfondo una vaga punzada de lamentación al pensar que ese ejercicio continuo del humorismo verbal, que suele llevarlo a complejas derivaciones surrealistas, no figurará jamás en ninguna nueva edición de sus obras completas. Nada debería perderse de alguien que es una entidad tan invariable que escribe exactamente igual a lo que habla, con las diferencias que marca el dirigirse a la entelequia lector: un poco más de ajuste, de ritmo, de manejo de los borradores inconsistentes que forman la trama de nuestra existencia. Me tranquilizo, pensando que la vida más confesional y propensa a la amistad, a la ternura, queda al final secreta. Estoy contemporáneamente en esa habitación austera de la calle Maipú, con la transparencia casi cienañera de Leonor Acevedo de Borges, un espíritu que de por sí le da vitalidad a ese adjetivo "espléndido", que yo prefiero para resumir mis admiraciones; en un cuarto amotinado de recuerdos que mira al Sur, el otro ambiente con alumnos que se complican en la afición borgiana por las antiguas lenguas sajonas, y él y yo transitando por un aire marchito hace ya tiempo. Vamos divagando sobre la literatura y la muerte por los aledaños de

Ramos Mejía. Los ladridos de los perros, cada vez más cercanos, me impiden concentrarme. El miedo toma el absurdo contorno de esta frase:

—¿Será verdad, Georgie, que los perros no atacan a los hombres desnudos? La réplica disuelve mi intranquilidad en una risotada:—No te preocupés. De eso se encargan los perros.

Estoy también en Nueva York. Leo en el "Times" un telegrama proveniente de París. Dice que el escritor argentino Jorge Luis Borges ha muerto. No lo creo. Anuncié su perdurabilidad en las letras como el primero entre los nuestros y de los mejores producidos por nuestra pequeña cultura de veinticinco siglos, hace años y años. Su obra no me permite desunir esa idea de permanencia con la real. Es la misma voz. Es el mismo estilo magnífico, definitivo. Está en la respuesta que me alcanza en México: "La noticia no era inexacta. Solamente prematura y profética". La alegría de que mi pensamiento se confirme, sufre un apagón brusco. Las líneas han sido escritas por la mano de Leonor Acevedo, por mi amada Leonorcita, la madre incomparable de la dedicatoria de las *Obras Completas*. La firma comienza a ser un garabato. Desaparecieron esas letritas de miope, que me llegaban cuando estaba muy enfermo en La Rioja, en mi primer episodio pulmonar grave: "¡Salve! Yo creo estar en vísperas de ser corrector final de pruebas de *Conmemoraciones*: colaboración honrosa y tarea que desfogará mi curiosidad. También tengo noticia de los dibujos de la suntuosa María Justina; creo de antemano que la mejor colaboración sería un retrato suyo". Habla de mi primer libro de poemas, publicado en 1929 y de la bella María Justina Darré, que lo ilustró.

Estoy también, a través de esas *Obras Completas*, con Borges frente a Natalio Botana, director de *Crítica*. Dirigimos el Suplemento Literario en colores. Botana tiene fe en los literatos metidos a periodistas, sin necesidad de acordarse de un redactor parlamentario, Charles Dickens, ni del cronista de los tribunales franceses de apelación, André Gide, por haber acertado haciendo de Pablo Rojas Paz, novelista y ensayista, un excelente comentarista de fútbol, de Raúl González Tuñón un sueltista sentimental de primer orden, dentro de una redacción que inscribe los nombres simultáneos de Córdoba Iturburu, Rega Molina, Nicolás Olivari, Sixto Pondal Ríos, Roberto Talice, Florencio Escardó, Enrique González Tuñón, Conrado Nalé Roxlo, Roberto Arlt; más todavía: Luis Cané, Pablo Suero, Jacobo Fijman, Carlos de la Púa, el de "La crencha engrasada". Aún limitándola mucho, la enumeración siempre será sorprendente. Hacemos un violento desplazamiento de cámara para sacarlos de cuadro, de esos desplazamientos que se usaban en las películas de acción que le gustaban a Borges (en una carta me dice: "Esta noche o mañana espero otro regalo importante: sentir en carne propia la inaudita voz de George Bancroft y su carcajada de pelea en *The Wolf of Wall Street*"). Centramos de nuevo a don Natalio Botana, conversando con Borges y Petit. Aunque sean directores del

Suplemento, les ha pedido que colaboren con frecuencia. El primer artículo de Borges le parece bueno, como todo lo que conoce de él. Objeta dos cosas: no está redactado como para un número de lectores que puede llegar a los setecientos mil; el verbo "fornicar" no ha sido impreso por ningún periódico argentino y es un tipo de originalidad que no le interesa demasiado. Borges ha entendido. Desde "El atroz redentor Lazarus Morell", publicado en 1933, se va conformando esa vibrante *Historia Universal de la Infamia*. "Ya el excesivo título de estas páginas proclama su naturaleza barroca", escribe Borges. En este momento, como casi siempre, se adelanta a la crítica, la deja un poco con la palabra inconexa y cortada. Los que quieren ocuparse de Borges, a causa de esta tajante costumbre, tienen que teorizar en forma complicada sobre un escritor de deslumbrante sencillez, continuo y valiente descubrimiento de sus recursos, enumeración prolífica de sus distintas maneras, fuentes y objetivos. Y que únicamente no alcanza a analizar la perfección inaudita de su estilo, a darnos cabal cuenta del mecanismo avasallador de este estilo único, del mismo modo que la pasión no puede enmarcar en palabras los instantes perfectos en que es un puro éxtasis.

Pero la verdad es que se atreve a casi todo. A polemizar con los que lo consideran alejado de lo nuestro, mediante la proximidad patética con un cementerio tan tumultuoso y desagradable como el de la Chacarita, la enunciación estremecida de un crepúsculo en cualquier barriada sin carácter, en suma, la suma de Buenos Aires y de cosas tan argentinas tradicionales como la muerte conjetural de Laprida o la marcha a buscar el mismo misterio, con orgullo desnudo y el valor casi demente de don Facundo Quiroga; se atreve con la eternidad, con la tarea de vindicar la suave imbecilidad de Bouvard y Pecuchet; con los espejos, los tigres, con esos viajes tan difíciles en cuyos tramos finales, metidos en una imposible niebla, aguardan los antepasados, las fundaciones, la patria experimentada —igual que los ángeles— en la alquimia de palabras soberbiamente ordenadas, en los diez y seis libros que se reúnen en la extraña conjuración (también fabulosa, si se piensa en *El Aleph* o *Ficciones*) de estas *Obras Completas*.

Como en sus conversaciones, lleva al lector, usando una cortesía sutil —mezcla de la que usaban para defender su frialdad los caballeros británicos o su sangre impetuosa los criollos batalladores de antaño— a su terreno. Para influirlo en algo hay que batirse largamente con él. Todavía me parece inesperado que entre mi difunta hermana Judith y yo lo sacáramos de su empecinamiento milonguero para llevarlo al mundo del jazz con el fraseo vehemente de los blues de Handy. Le agrada discutir. De antemano supone que nadie lo ayudará en la ímproba tarea de disipar sus dudas enconadas. A pesar de lo cual no supo tolerar mi languidez polémica, en vísperas de una profunda enfermedad que me aquejaría durante años, y me sacudió un poco mientras me decía:



—¿Quién sos vos para discutirme?

Tiene el arte de saltar desde los compadritos y orilleros a la teología de Emanuel Swedenborg. No me importan nada los portones de Palermo. Siempre los ví menos que el propio Borges. Pero su poema los incorpora a mi capacidad de goce —que es muy grande— de la lectura. No estoy de acuerdo con sus marchas y contramarchas críticas; el plan de muchos de sus cuentos me parece adolecer de un exceso de simplicidad y falta de diseño carnal de los que transitan por sus vericuetos. Pero no dejaría un cuento de Borges luego de leer las primeras cuatro líneas por nada del mundo. Lo mismo le ha pasado a gente diferente por completo a mí, como Toynbee, Ionesco o Martínez Estrada. Y absolutamente opuestas a Borges, como Roberto Arlt, Pablo Neruda y Nabokov. Antes de declarar que Borges era un pórtico estupendo y nada más, Nabokov se tragó todo lo que de él se había publicado en inglés y tuvo que formular su rechazo en una de esas páginas que por su extensión y minuciosidad ya entrañan el haber caído en una trampa largamente buscada. Luego de opinar de casi todo en forma agresivamente distinta a Borges, de paso para Europa, Pablo Neruda me dice:

—Tratá de que venga Borges a la SADE. Hubo malos entendimientos, pero se que es uno de los más importantes escritores de nuestra época.

Así como a Borges no le interesaba nada que no se ocuparan de él, a Arlt se lo hería al omitirlo. La desatención de Borges hacia él no le impedía sentir cómo se ponía el sol en Villa Ortuzar o se defendía el idioma de los argentinos, esto último en un libro que, como *Inquisiciones*, Borges no ha querido que figurara en estas *Obras Completas*. El último sol de esa Villa está en uno de los poemas de *Luna de enfrente*, otro título que vale por largas y abismáticas carillas de inútil crítica (si es que aceptamos, en forma convencional y pasajera, la existencia de semejante género literario).

¿Para qué ocuparse otra vez de Aquiles y la tortuga? ¿La obra, la vida de Evaristo Carriego, merecen un libro completo de un hombre que maneja la brevedad como una de las mejores herramientas de su alto decoro artesanal de estilista magnífico? ¿A qué mencionar a Monk Eastman, el proveedor de iniquidades, a qué perderse en los compases pendencieros del tango, en la seca historia de la eternidad, en el idioma analítico de John Wilkins, en la lírica suavidad de su poeta suicida, Francisco López Merino o la desolada aventura de Emma Zunz? Queda la idea latente de un Borges con fuerza para esquemas de la amplitud de los que fueron norma en Proust, en Whitman o en Bernard Shaw, si es que queremos seña-

lar su faceta creadora de situaciones, de grandes fantasmas con nombre y zonas existenciales, de tantos poemas que abandonan el canto para internarse con denuedo —y riesgo de abolir el contenido poético— en el juego de fin de mundo de la metafísica. Se mezcla a la convicción expresada por él mismo, sin decirlo, mejor que por una multitud de pretendidos críticos, a través de deslumbrantes enumeraciones, de que si no hubiera pensado que los términos de nuestro intelecto se están estrelando todo el tiempo con el secreto del plan del universo, cualquier tarea le hubiera resultado fácil. La labor de cincuenta años (1923-1974) impresa en estas *Obras Completas* demuestra otra vez que el trabajo es el hijo inefable de la haraganería.

Jorge Luis Borges tiene la acendrada ética de quien desea ardientemente justificar su tránsito por un tiempo y un mundo incomprensibles fuera del apresamiento, por la virtud de la fe, de la substancia de lo porvenir de que habla San Pablo. Fue elegido para un dictado, al que nunca prestó, en valor horas, mucha atención. Circunstancias dolorosas lo concentraron exasperadamente en sí mismo. Se le agigantó la riqueza interior, nacida en el ritual de la lectura, en la época que le era posible hacerlo, al amparo luminoso de un grupo de lectores formado por el padre, la abuela británica, viuda del hombre heroico que recibiera como regalo de bodas la jefatura de las tres fronteras con los indios, y esa madre erudita y refinada. Se fue extendiendo el reparo, con la aparición de hombres del tipo de Macedonio Fernández y Paul Groussac. Por un lado el rigor del francés intelectualmente tiránico y de prosa bellísima, por el otro un cierto desdén por las puerilidades y faltas de verosimilitud continuas en que incurre la realidad, nacido de la concepción que adoraba confundir vigilia y sueño, de Macedonio, genial y sometiendo a todo el mundo a sus invenciones verbales y escritas. Dejándolos de lado, Borges encontró su manera especial de inducir a la clara sucesión de su tiempo literario, la avalancha de tiempos en aguda discrepancia, de un envión furibundo, de grandes creadores. Participa su ánimo de los desvelos de Stevenson, la parábola estremecedora del Dante, la tensión genial de Dostoyevsky o la estrategia idiomática de Quevedo. Son muchos más. Están los duendes definitivos y los menores. Coexisten la fantasía febril de Kafka y la reducción que opera a una fórmula antigua (que casi también, afirma, puede comprender a la *Odisea*) de *La tierra purpúrea*, la novela escrita en inglés por aquel paisano nostálgico de la estancia "Los veinticinco ombúes", Guillermo Hudson, del viejo pago de Quilmes.

La clave de la decisión en cuanto al tamaño de cada una de sus creaciones, está dada por Borges cuando en la página 705 de estas *Obras Completas* nos dice que "Demócrito pensó que en el infinito se dan mundos iguales, en los que hombres iguales cumplen sin variación destinos iguales; Pascal (en quien también pudieron influir las antiguas palabras de Anáxagoras de que todo está en cada cosa) incluyó en esos

mundos parejos unos adentro de otros, de suerte que no hay átomo en el espacio que no encierre universo, ni universo que no sea también un átomo. Es lógico pensar (aunque no lo dijo) que se vio multiplicado en ellos sin fin."

Borges y toda su problemática humana y divina están en cada instante de su vida y de su obra. No eran ajenas al planteo supremo de la identidad, pese a las circunstancias en que las dijo, las palabras que le oí una noche que quisiera no poder contar, para que ocurriera, por ejemplo, dentro de algunos años y de nuevo estuvieran vivos Ricardo Güiraldes, Sixto Pondal Ríos, Raúl González Tuñón y las altas y bellas e incomparables muchachas que rodeaban aquella mesa copiosa de "El Infierno", en la calle Corrientes. Güiraldes, habituado a dominar las neblinas del alcohol, se dio cuenta que el paso que conducía al doctor Clodomiro Cordero hacia la puerta del local o quizá a sus reductos del fondo a la derecha (mundo que se repite tan insaciablemente como los pensadores por Demócrito), iba reducir a un distante y amable recuerdo su estupenda verticalidad. Para evitar una demostración inoperante de las leyes de Newton, nos sugirió a Borges y a mí que fuéramos una especie de suelo amistoso entre la manzana legendaria encarnada, está de más decirlo y con perdón de la audaz metáfora, por el doctor Cordero y el deleznable piso cubierto de puchos y otros elementos menos mencionables para aludir a los cuales puede servir la moderadamente original palabra etcétera.

Obedecemos Borges y yo. Pero como en esas aventuras que marchan al encuentro del protagonista, se llame Ulises, Lambo o Borges, fue este último quien obedeció violentamente a los postulados de Newton. Extendido en el suelo, planteó el dilema, aún no constestado:

—¿Cómo es que si el doctor Cordero está borracho el que me caigo soy yo?

Hemos proclamado al principio de esta crónica insignificante acerca del más significativo escritor argentino de todos los tiempos, que dichosamente sus obras completas siguen incompletas. Es de esperar que él mismo, como ha hecho acerca de todo lo suyo —prosa, poesía— me dé, nos dé, una respuesta a la pregunta que formuló bloqueado por todo ese fervor de Buenos Aires, que no cesa de fluir, espejo fiel y mágico de su primer libro, de sus primeros pasos, de su discurrir inteligente y tierno de antes, de ahora, de siempre. Pero, por favor, que esa respuesta no venga aquejada de la modestia que infesta el Epílogo de sus obras felizmente incompletas. Y que no se refugie en su desafortada negativa del libre albedrío: él, que al menos en literatura ha hecho y hace prácticamente, definitivamente, lo que le da la gana.

